

# Bajtín y el lector\*

David Shepherd\*\*

Lo que un libro reciente llama "el retorno del lector" difícilmente puede considerarse como un acontecimiento sensacional; el lector ha estado entre nosotros el tiempo suficiente para que resulte innecesario festejar de nueva cuenta su retorno. De hecho, parecería que esta figura familiar nunca se fue en realidad, sino que permaneció incluso en los sitios más improbables: Elizabeth Freund ha sostenido que, a pesar de que el lector fue "desterrado por un *fiat* doctrinario" de las escuelas críticas angloamericanas más destacadas del siglo, "la crítica orientada a la idea del lector, reprimida e inconfesada", fue pieza fundamental de todo el proyecto de la Nueva Crítica.<sup>1</sup> Sin embargo, a pesar del gran volumen de trabajos en torno al lector, la asombrosa multiplicidad de formas que asume en ellos dicha figura, significa que aún se plantean y aún vale la pena interrogarse sobre la mejor manera de teorizar el concepto. La cuestión de cómo puede el lector aprovechar mejor la importancia que ya se le reconoce ampliamente no ha perdido vigencia.

Cuando uno se arriesga a invocar a Bajtín, parece repetirse el gastado gesto que consiste en concederle al teórico soviético el crédito de haber previsto y superado siempre, ya sea él solo o con un poco de ayuda de sus amigos, los avances teóricos más importantes de las décadas recientes. Pero en realidad, de la variada herencia bajtiniana no puede desprenderse ninguna teoría acabada de la

\* Este ensayo fue publicado originalmente en Ken Hirshkop y David Shepherd (comps.) en *Bakhtin and Cultural Theory*, Manchester University Press, 1989. pp.91-108.

Traducción de Paloma Villegas. Revisión técnica y notas de editor, de Ramón Alvarado.

\*\* Profesor-investigador en el Depto. de Estudios Rusos. Universidad de Manchester.

<sup>1</sup> Elizabeth Freund, *The Return of the Reader: Reader-Response Criticism*, Londres y Nueva York, 1987, p. 42.

lectura o del lector. Es cierto que Bajtín hace numerosas referencias a los lectores y su importancia. Pero la catalogación sistemática de esas referencias tendría escaso valor: ni aisladas ni en conjunto conducen a una mejor comprensión del problema, a menos que las examinemos críticamente desde el punto de vista más amplio de las teorías de Bajtín sobre el discurso. El propósito de este ensayo es pues a la vez doble y modesto: destacar aquellos aspectos de la obra de Bajtín que parecen más relevantes y útiles en un proyecto orientado al lector, y ubicar esos aspectos al lado y en contra de algunas de las más conocidas teorías orientadas al lector, para iluminar sus aporías e indicar nuevos caminos a seguir.

Nuestro punto de partida es ese texto favorito de los exégetas de Bajtín, "El discurso en la novela". En esta elaboración del concepto de dialogismo, Bajtín se refiere continuamente, con una liberalidad terminológica característica, al lector, al oyente, a quien comprende y a variadas combinaciones de los tres, lo cual sugiere que, para los fines de este ensayo particular, son esencialmente intercambiables. Y si la definición del dialogismo mismo incluye numerosas peticiones de principio, otro tanto puede decirse de ese nebuloso lector. Está bastante claro lo que dicho lector *no es*: se le opone al "oyente pasivo" que, desde el punto de vista de la estilística tradicional, se supone situado más allá del autosuficiente y "cerrado monólogo autoral" que es la obra literaria.<sup>2</sup> Su papel es el de la "comprensión activa" que permite el encuentro dialógico de enunciados, cada uno de los cuales no sólo toma en cuenta lo que ya se ha dicho sobre su objeto, sino que siempre está orientado hacia, y conformado por, una respuesta anticipada. Aunque Bajtín describe el proceso en términos del lenguaje hablado más que del escrito, de ahí pasa a argumentar que dicha orientación hacia el lector es característica de las obras de Tolstoi:

La comprensión activa [...], al relacionar lo que se entiende con el nuevo horizonte del que entiende, establece varias interrelaciones

<sup>2</sup> Mijail Bajtín, "Slovo v romane", en *Voprosy literatury i estetiki*, Moscú, 1975, p. 87; Traducción al inglés, "Discourse in the novel" en *The Dialogic Imagination*; Michael Holquist (comp.), trad. Caryl Emerson y M. Holquist, Austin, 1981. Dado que la versión inglesa de los pasajes de "El discurso en la novela" (de aquí en adelante DN) citados en este ensayo me parece un tanto verbosa e imprecisa, he utilizado mis propias traducciones, sustancialmente diferentes. (Ofrecemos la versión española de las traducciones, levemente modificadas o "sustancialmente diferentes" de D. Shepherd, y conservamos sus referencias a las ediciones rusas e inglesa). Damos enseguida los números de página de la traducción castellana de "La palabra en la novela" (PN), en M. Bajtín, *Teoría y estética en la novela*, Taurus, Madrid, 1989. [n. del E.]

complejas, consonancias y disonancias con lo que se está comprendiendo, lo enriquece con nuevos momentos. Este tipo de comprensión es precisamente lo que toma en cuenta el hablante. Así pues, su orientación hacia el oyente es una orientación hacia el horizonte particular, el mundo particular del oyente, introduce momentos enteramente nuevos en su discurso: lo que tiene lugar aquí es una interacción de diferentes contextos, diferentes puntos de vista, diferentes horizontes, diferentes sistemas expresivamente acentuados, diferentes "lenguajes" sociales. El hablante procura orientar su discurso con su propio horizonte determinante dentro del horizonte ajeno del que entiende y entra en relaciones dialógicas con momentos de ese horizonte. El hablante penetra en el horizonte ajeno del oyente, construye su enunciado sobre un territorio ajeno, contra el fondo aperceptivo del oyente. (DN, p. 95/282; cfr PN, pp. 99 y 100)

Las similitudes entre este y otros lectores teóricos son notables; los términos "horizonte" y "fondo aperceptivo", por ejemplo, recuerdan categorías que nos son familiares como el "horizonte de expectativas" (Jauss) o la "competencia literaria" (Culler). De hecho, Allon White ha caracterizado el dialogismo como "una especie de conciencia de uno mismo<sup>3</sup> orientada al lector" que "se puede comparar con el efecto creado en el discurso por el 'lector implícito' de que habla Wolfgang Iser", de modo que "Bajtín se adelanta así a gran parte del actual pensamiento alemán sobre la recepción".<sup>4</sup> Pero esta evaluación de la relación posible entre Bajtín y los teóricos alemanes de la recepción, no coexiste fácilmente con el énfasis general de White en el contenido sociolingüístico de la teoría de Bajtín. A primera vista, el "lector implícito" de Iser sí tiene mucho en común con el oyente bajtiniano: su contribución al significado de los textos literarios es aparentemente la "comprensión activa" sin la cual la significación textual es imposible. Iser nos informa que el término "incorpora tanto la preestructuración del significado potencial por el texto, como la actualización por el lector de ese potencial a través del proceso de lectura".<sup>5</sup> Pero esta formulación de los poderes cons-

<sup>3</sup> En inglés *self-consciousness*, término intraducible que sugiere, en este caso, la actitud de quien se vigila a sí mismo intentando anticipar la respuesta de los interlocutores. [n. de T.]

<sup>4</sup> Allon White, "Bakhtin, sociolinguistics and deconstruction", en Frank Gloversmith, ed, *The Theory of Reading*, Brighton y Totowa, Nueva Jersey, 1984, pp. 128, 129.

<sup>5</sup> Wolfgang Iser, *The Implied Reader: Patterns of Communication in Prose Fiction from Bunyan to Beckett*, Baltimore y Londres, 1974, p. xii.

titutivos del lector implícito inicia, el ineluctable proceso por el cual se le fuerza a renunciar a ellos. Al mismo tiempo que enfrenta y llena los diversos "espacios en blanco" y "vacíos" del texto -actividad sin la cual el texto no puede poseer significados plenamente determinados-, el lector de Iser debe tener siempre en mente lo que en cierto momento se llama el "significado último" del texto.<sup>6</sup> El dominio tradicional de la "preestructuración del significado potencial", a pesar de todas las apariencias en contrario, queda esencialmente intacto, y las indeterminaciones aparentes del texto se presentan como un aspecto más de su determinación global y reconfortante. Como ha señalado Robert Holub en su examen, a menudo devastadoramente incisivo, de la teoría alemana de la recepción, el problema es que "Iser busca [...] una manera de explicar la presencia del lector sin tener que ocuparse de lectores reales o empíricos".<sup>7</sup> Cuando dice "el texto literario permite a sus lectores trascender las limitaciones de su propia situación en la vida real", Iser muestra muy claramente su profunda incomodidad ante cualquier noción de un lector que pueda realmente cambiar las cosas, que pueda cuestionar la capacidad de la literatura "desde Homero hasta el día de hoy" para ejercer su encanto trascendente sobre generaciones sucesivas de lectores esencialmente invariables. Apenas sorprende, entonces, que cuando el lector implícito escapa a su ambivalente existencia como ser real y a la vez, como función textual, llega a representar "un modelo trascendental que hace posible describir los efectos estructurados de los textos literarios".<sup>8</sup> En última instancia es difícil entender por qué razón se le llama lector.

Es interesante que, en un texto escrito en los años setenta, Bajtín rechace terminantemente esta manera de ver las cosas:

Los estudiosos contemporáneos de la literatura (la mayoría estructuralistas) definen generalmente al oyente inmanente en la obra como un oyente ideal que todo lo comprende [...] Esto no es, desde luego, ni un oyente *empírico* ni una idea psicológica, una imagen del oyente en el alma del autor. Es una formulación ideológica abstracta [...] En esta concepción el oyente ideal es en esencia una imagen en espejo del autor, una réplica suya. No puede poner nada propio,

<sup>6</sup> Iser, *The Act of Reading: A Theory of Aesthetic Response*, Baltimore y Londres, 1978, p. 98. Hay traducción al castellano de este libro [E.].

<sup>7</sup> Robert Holub, *Reception Theory: A Critical Introduction*, Londres y Nueva York, 1984, p. 84; las siguientes referencias a páginas se dan en el texto.

<sup>8</sup> Iser, *The Act*, pp. 79, 227, 38.

nada nuevo, en la obra idealmente comprendida o en el plan idealmente completo del autor. Está en el mismo tiempo y espacio que el autor o, más bien, está al igual que el autor, fuera del tiempo y el espacio (como cualquier formulación ideal abstracta), y por tanto no puede ser *otro* ajeno para el autor, no puede poseer ningún *excedente* determinado por la otredad.<sup>9</sup>

Sólo es posible ver al lector (implícito) de "El discurso en la novela" como atrapado en este limbo iseriano entre la actividad supuesta y la pasividad real si, como con demasiada frecuencia ocurre, el dialogismo se acepta acríticamente como una descripción de las características inmanentes de un tipo de texto genéricamente definido (la novela). La oposición que establece Bajtín entre el lenguaje novelístico y el poético, su versión de la historia de la novela como la historia de un género, y sus descripciones de los rasgos de hibridación, estilización, parodia y demás que marcan un discurso como novelístico, todo ello parece sugerir con fuerza que el carácter dialógico del lenguaje le es inherente como algo fundamentalmente intratextual. El lector oyente-el que entiende en "El discurso en la novela" se reduciría así, en el mejor de los casos, a una metáfora para poner en juego productivamente todas las tensiones estilísticas. Sin embargo, el constante deslizamiento a lo largo del ensayo entre **habla y escritura**, oyente y lector, aunque conduce a cierta nebulosidad teórica, **en realidad** corresponde al énfasis persistente en la dependencia del **dialogismo** de un contexto que es fundamentalmente *no* intratextual, *sino* **externo** a la delimitación del texto: "toda palabra huele al contexto o a los contextos en que ha vivido su intensa vida social, todas las palabras y formas están habitadas por intenciones" (DN, p.106/293; PN, p.110). Como ha escrito Ken Hirschkop, "la dependencia del significado textual respecto de la situación social es ya un axioma bajtiniano aceptado. Pero a menudo se evaden las consecuencias plenas de esta definición relacional [...]" Uno de los descubrimientos más útiles de la crítica radical de Bajtín es el reconocimiento de que el dialogismo y su antónimo el monologismo no son características inherentes de tipos particulares de discurso (literario), de que "el significado no reside ni en el texto ni

<sup>9</sup> Bajtín, "Toward a methodology for the human sciences", en *Speech Genres and Other Late Essays*, ed. Caryl Emerson y Michael Holquist, trad. Vern W. McGee, p. 165 (traducción levemente modificada). Cfr. M. Bajtín *Estética de la creación verbal*, Trad. cast. Tatiana Bubnova, México, siglo XXI, 1982, pp. 387 y 388. [E.].

en el contexto sino en la relación entre ambos [...] el dialogismo y el monologismo no son tipos diferentes de texto, sino tipos diferentes de configuración intertextual".<sup>10</sup> La concepción de Bajtín sobre la novela y el dialogismo, aunque parece aceptar y promover la auto-suficiencia de la "literatura", apunta insistentemente hacia un mundo exterior a ella; y conforme lo intratextual cede ante lo intertextual, es posible entrever un lector ya libre de la amenaza de la redundancia iseriana. "El discurso en la novela" termina con un examen de la "reacentuación" de los personajes y lenguajes novelísticos, su adquisición de una resonancia y un significado diferentes en diferentes contextos. Esto ocurre porque

en el nuevo diálogo de los lenguajes de la época, el lenguaje de la imagen empieza a sonar de una manera diferente, porque es iluminado de manera diferente, es percibido contra un trasfondo dialogizante diferente [...]

Las reacentuaciones de este tipo no infringen gravemente la voluntad del autor. Se puede decir que el proceso tiene lugar *en la imagen misma*, y no sólo en las nuevas condiciones de percepción. Estas condiciones sólo han actualizado en la imagen un potencial ya presente en ella (a la vez debilitando otros, es cierto). Se puede sostener con cierta justificación que en un sentido la imagen ha sido mejor comprendida y oída que antes. En cualquier caso, un cierto malentendido se combina aquí con una nueva y profundizada comprensión. (DN, p. 231/420; PN, pp.234 y 235).

En este pasaje vemos a Bajtín debatirse en la negociación de las mismas dificultades que derrotarían a Iser en sus intentos por teorizar la relación entre un significado textual estable o determinado y el suplemento variable o indeterminado que se requiere para completarlo. Existe una fuerte adhesión, que se revela en otras partes del ensayo, a la noción de autoridad autoral sobre el significado textual, y una resistencia concomitante a enfrentar las implicaciones que tiene para esa autoridad una noción de la recepción plenamente teorizada. De ahí, tal vez, la sorprendente ausencia de cualquier mención de un lector y el uso predominante de la voz pasiva para

<sup>10</sup> Ken Hirschkop, "The domestication of M. M. Bakhtin", *Essays in Poetics*, XI: 1, 1986, pp. 80,81. No hay espacio aquí para examinar toda la importancia de esta formulación. El potencial que otorga a los textos de Bajtín como herramientas de análisis cultural, por oposición al análisis meramente literario, son exploradas en el artículo de Hirschkop, "Bakhtin, discourse and democracy", *New Left Review*, 160, 1986, pp. 92-113.

describir el proceso y los efectos de la reacentuación. En el momento mismo en que parecería más adecuado reintroducirla, la noción de "comprensión activa" como momento constitutivo del dialogismo, no se encuentra por ninguna parte. En cambio tenemos la familiar imagen bajtiniana del "trasfondo dialogizante", con todas sus perturbadoras connotaciones de pasividad y secundaridad. Sin embargo, la sugerencia de que las reacentuaciones subsecuentes a la producción del texto están de alguna manera ya inscritas en el texto, aunque parece ir de la mano con ese aparente abandono de la centralidad de la comprensión activa, ofrece de hecho, como veremos en breve, una manera de ir más allá de la dicotomía un tanto restrictiva entre determinación e indeterminación.

El teórico cuyo trabajo nos viene a la mente de modo más inmediato ante la noción bajtiniana de comprensión activa es Stanley Fish, flagelo de la profesión crítico-literaria y decidido adversario de Wolfgang Iser. Fish aborda el problema con gran desenvoltura, desdeña la oposición entre determinación e indeterminación, y sostiene en cambio que "siempre están disponibles la determinación y la decidibilidad, pero no por las limitaciones impuestas por el lenguaje o el mundo -es decir, por entidades independientes del contexto- sino gracias a las limitaciones inherentes al contexto o contextos en que nos hallamos operando".<sup>11</sup> Para Fish, los "contextos" más importantes son sus famosas "comunidades interpretativas", que al parecer nos permiten explicar prácticamente cualquier eventualidad:

Las comunidades interpretativas están constituidas por aquellos que comparten estrategias interpretativas, no para leer (en el sentido convencional) sino para escribir textos, para constituir sus propiedades y asignar sus intenciones. En otras palabras, estas estrategias son previas al acto de leer y por tanto determinan la forma de lo que se lee más que, como generalmente se supone, al revés [... Esto] explica por qué hay desacuerdos y por qué pueden ser debatidos en nombre de principios: no debido a una estabilidad de los textos, sino debido a la estabilidad en la constitución de comunidades interpretativas y por tanto, en las posiciones opuestas que ellas hacen posibles. Desde luego, esta posición es siempre

<sup>11</sup> Stanley Fish, *Is There a Text in This Class? The Authority of Interpretive Communities*, Cambridge, Mass, y Londres, 1980, p. 268. las subsecuentes referencias de página que se dan en el texto para las citas de Fish remiten a esta obra.

temporal (a diferencia de la muy añorada e intemporal estabilidad del texto). (p. 171)

La comunidad interpretativa parece representar un espacio en que la lectura como "comprensión activa" puede realizarse con prontitud y quedar revelada como la única condición de posibilidad del significado textual: los textos sólo significan algo cuando son leídos, y lo que significan depende enteramente de los valores compartidos por quienes los están leyendo. Las variaciones de significado se explican por los procesos de negociación y los intentos de persuasión llevados a cabo por los miembros de las comunidades interpretativas que comparten diferentes ideas acerca de cuál es el significado de un texto dado. Es posible para una persona persuadir a otra sobre su manera de pensar, porque las personas comparten suficientes ideas comunes acerca de lo que tiene y no tiene sentido para permitir que se tomen decisiones sobre la aceptabilidad o inaceptabilidad de ésta o aquella interpretación. (Fish describe en detalle cómo funciona este proceso en su capítulo final, "Demonstration vs. persuasion: two models of critical activity" [Demostración versus persuasión dos modelos de actividad crítica]).

Pero hay algo claramente tramposo en este modelo de diálogo entre lector y texto, y entre lector y lector. Su ingeniosa defensa de las estrategias y los valores interpretativos comunales no puede enmascarar la flagrante ausencia de cualquier explicación convincente de cómo exactamente llega a constituirse la comunidad interpretativa. Aunque Fish sí habla de "el poder de las circunstancias sociales e institucionales para establecer normas de conducta" (p. 371), sus contextos son por regla general "situacionales" más que sociales o históricos. Basta con que se pueda señalar a las comunidades interpretativas como existentes: si seguimos hasta el fin la lógica de Fish, su funcionamiento y omnipresencia son tales que no pueden no existir ni no haber existido siempre. Más aún, las operaciones de persuasión intercomunal son tales, que excluyen cualquier noción significativa de crisis o conflicto, o incluso de la más rudimentaria forma de cambio. De ahí la paradoja por la cual, al impugnar la distinción que establece Iser entre significado textual determinado e indeterminado, Fish puede argumentar que Iser se equivoca precisamente porque es posible que tenga razón: "Lo único que ocurre es que la distinción misma es un supuesto que, al informar un acto



de descripción literaria, *producirá* los fenómenos que pretende describir".<sup>12</sup> William Ray ha caracterizado bien la forma en que el lector de Fish está para siempre condenado a pasar, como el Vaticano, de un estado de certidumbre a otro: "El lector de Fish no conoce la angustia, no puede provocar cambio alguno en sí mismo. Teóricamente capaz de persuadir a otros, nunca puede rebasar las creencias de las instituciones que lo definen; no puede desatar revoluciones: la disciplina siempre habrá ya entendido, asimilado, de hecho producido, cualesquiera argumentos para su realineación que él pudiera generar".<sup>13</sup> Así, cuando el propio Fish se pregunta por las implicaciones que tiene su argumento para la crítica literaria tal como se practica tradicionalmente, contesta airoso que "ninguna en absoluto" (p. 370). Todo debe permanecer igual, incluso cuando hay una modificación aparentemente radical, las nuevas circunstancias y los supuestos subyacentes derivados de esa modificación estarán basados en el mismo tipo de consenso que informaba a los antiguos.

Así las comunidades interpretativas, a pesar de su aparente promesa de proporcionar un marco para la comprensión de los factores históricos e institucionales de la actividad de leer, resultan ser poco más que una imagen en espejo de la muy ahistórica determinación textual que se supone que debían superar. Pero, en vez de sucumbir a la poderosa tentación de desdeñar a Fish por pasarse de listo, vale la pena volver a Bajtín en busca de formas posibles de darle al modelo de Fish algo del rigor que tan perversamente evita. No es difícil entender por qué Bajtín debía resistirse más que Fish a abandonar nociones de significado textual no enteramente dependientes de las predisposiciones compartidas de los lectores. Si un texto tiene un papel determinante en la forma en que es leído, ello se debe a que los significados social e históricamente inscritos de los enunciados que los constituyen nunca se olvidan:

No hay ni primera ni última palabra y no hay límites para el contexto dialógico (se extiende hasta el ilimitado pasado y hasta el ilimitado futuro). Ni siquiera los significados *pretéritos*, es decir, los significados nacidos en el diálogo de las épocas pasadas, pueden ser jamás estables (finalizados, acabados de una vez por todas); siem-

<sup>12</sup> Fish, "Why no one's afraid of Wolfgang Iser", *Diacritics*, XI: 1, 1981, p. 7, citado en Holub, *Reception Theory*, cit. p. 103. Holub hace un buen examen crítico del debate Fish-Iser (pp. 101-106); ver también Freund, *The Return*, cit. pp. 148-51.

<sup>13</sup> William Ray, *Literary Meaning: From Phenomenology to Deconstruction*, Oxford, 1984, p. 169.

pre cambiarán (serán renovados) en el desarrollo subsecuente, futuro, del diálogo. En cualquier momento del desarrollo del diálogo existen inmensas, ilimitadas masas de significados contextuales olvidados, pero en ciertos momentos del desarrollo subsecuente del diálogo, esos significados son recordados y fortalecidos en forma renovada (en un nuevo contexto).<sup>14</sup>

El contraste entre Bajtín y Fish se ve con particular claridad a la luz de la vacilante formulación que hace Fish del mismo problema: "[Las palabras] siempre quieren decir una cosa y sólo una, aunque esa única cosa no es siempre la misma. La única cosa que quieren decir será una función de la forma que el lenguaje *ya tiene* cuando nos lo encontramos en una situación, y lo que lo ha estabilizado es el conocimiento que constituye el contenido de estar en una situación" (p. 275). Fish reduce la tensión constitutiva, la dinámica históricamente conflictual del discurso en que insiste Bajtín al éstasis de una mal definida situacionalidad. Se recordará que Bajtín habla en "El discurso en la novela" de un proceso de "reacentuación *en la imagen misma*, y no sólo en las condiciones modificadas de percepción". Este texto constituye un oportuno recordatorio de que "la imagen misma" no es una instancia originaria, libre de las tensiones del dialogismo hasta su inserción en él durante la lectura, sino que ella misma es *ya* contextual, *ya* dialógica. No debe confundirnos la palabra "misma", tan a menudo utilizada en la crítica para señalar la naturaleza esencial de algo, desnuda de acrecencias extrañas: para Bajtín la imagen puede ser ella misma sólo porque, como enunciado no puede existir sin esas "acrecencias", sin el contexto, que no puede describirse satisfactoriamente ni como secundario ni como primario respecto de la "imagen" textual. Así la posición de Bajtín no es, como podría parecer por la anterior cita de "El discurso en la novela", que todos los posibles significados futuros están ya siempre inscritos en un texto desde el momento mismo de su producción, sino más bien que un texto sigue llevando las marcas de sus compromisos históricos pasados que, además de estar abiertos a la recontextualización, también deben ponerles algún límite a la naturaleza y al grado de esa recontextualización. El significado determinado existe en la medida en que la producción de significado es contextual, y los contextos no son libremente intercambiables ni, *pace* Fish, están totalmente com-

<sup>14</sup> Bajtín, 1986, en M.Holquist and Caryl Emerson (comps) *Speech Genres and other late Essays*, Trad. Veru McGee, Austin, Univ of Texas Press.

prendidos en el momento histórico de una comunidad interpretativa dada. Si la actividad de leer se basa en relaciones dialógicas entre el lector y el texto, y entre el texto y el contexto, entonces esas relaciones tienen un pasado además de un presente. La simple oposición de determinación e indeterminación es, en última instancia, insuficiente como medio para teorizar esta posición inmensamente compleja.

En cuanto al lector/crítico que emprende esta actividad, para Bajtín lo más importante es el medio social e histórico concreto en que opera. La alternativa al lector-como-función-textual criticado por el Bajtín tardío, se encuentra en uno de los discutidos textos de los años veinte. Aunque se refiere específicamente a las teorías formalistas de la naturaleza del sonido en poesía, el siguiente pasaje de *The Formal Method (El método formal)*, de Medvedev/Bajtín, tiene repercusiones mucho más amplias para el problema general del lector:

La obra es parte de la realidad social, no de la naturaleza [...] el sonido no se puede entender dentro de los límites del organismo individual ni de la naturaleza.

Por tanto, el problema del sonido significativo y de su organización se relaciona con el problema del auditorio social, con el problema de la orientación mutua del que habla y el oyente, y la distancia jerárquica entre ellos. La resonancia de los sonidos significativos es diferente según el carácter de la interacción social de la gente, de la cual ese sonido dado es un elemento. El auditorio social es constitutivo del sonido significativo y de su organización.<sup>15</sup>

Lo que todo esto parece sugerir, pues, es que el significado de un texto cambiará conforme sea leído en nuevos contextos por lectores situados histórica y socialmente que siempre traerán a ese texto presupuestos (compartidos) acerca de, entre otras cosas, la naturaleza de la literatura, el significado literario, el valor estético y así sucesivamente, y que a su vez pueden encontrar que tales presupuestos han sido modificados en el proceso de su encuentro dialógico con el texto. Sin embargo, es importante no perder nunca de vista

<sup>15</sup> P. N. Medvedev, *The Formal Method in Literary Scholarship: A Critical Introduction to Sociological Poetics*, trad. Albert J. Wehrle, Baltimore y Londres, 1978, p. 102 (traducción modificada). (Recientemente se publicó la versión castellana de este importante estudio de Medvedev/Bajtín, preparada por Tatiana Bubnova) [E.]

el hecho de que el carácter del encuentro texto-lector es dialógico: si los significados del texto son indisociables de la comprensión activa del lector, a su vez esa comprensión debe ser estrictamente hablando indisociable del encuentro con el texto, debe ser precisamente específica del contexto. En otras palabras, el acto dialógico de leer desordena las posiciones aparentemente fijas del texto y el lector; esas posiciones no pueden sufrir el encuentro dialógico sin verse modificadas, porque no son preexistentes a él. Aunque esto sea difícil, es importante no caer en lo que John Frow llama "suponer entidades plenamente constituidas antes del proceso textual".<sup>16</sup>

Hay otras diferencias consecuentes en la forma en que Fish y Bajtín tratan los *efectos* del posicionamiento del lector. Fish se refiere en el subtítulo de su importante obra sobre el tema a "la autoridad de las comunidades interpretativas". La autoridad de una comunidad dada, y la de las interpretaciones que plantea, es para Fish algo esencialmente suasorio, no coercitivo. La crítica es "un asunto (interminablemente negociado) de persuasión" en un mundo en que "los medios políticos y los medios persuasivos [...] son lo mismo" (pp. 17, 16). La autoridad se deriva del poder de argumentar, y por tanto está siempre abierta a la impugnación ("negociación") por poderes superiores. Todo esto forma parte del mundo cerrado y libre de crisis de Fish, un mundo de consensos y certidumbres duraderos, y parece reconfortantemente cortés y caballeroso. Pero, como señala pertinentemente Elizabeth Freund en la conclusión de su capítulo sobre Fish, "con esta posición, Fish se ha rehusado hasta aquí a encarar las maneras en que la autoridad de las comunidades interpretativas puede volverse severamente coercitiva. Las saludables restricciones a la subjetividad, sin las correspondientes restricciones a la autoridad de las normas consensuales, siguen resultando inquietantes. Esa manera de apelar al imperialismo del acuerdo puede dar escalofríos a los lectores cuya experiencia de la comunidad sea menos alegremente benigna de lo que Fish supone".<sup>17</sup>

En cambio en Bajtín la autoridad es algo por cierto "menos alegremente benigno", tiene un carácter más reconocible y a menudo más siniestro. Contra la producción dialógica de significado dentro de un lenguaje socialmente estratificado y que evolucionan históricamente, operan fuerzas de centralización que buscan restringir la

<sup>16</sup> John Frow, *Marxism and Literary History*, Oxford, 1986, p. 183.

<sup>17</sup> Freund, *op cit.* pp. 110-11.

gama de relaciones intertextuales, someter y contener la proliferación y la dispersión subversivas de significado, afirmar la congruencia de la palabra y el significado único. Como es frecuente en Bajtín, estas fuerzas tienen diversos nombres: monoglosia, monologismo, discurso autoritario o autorizado, el lenguaje de la poesía y la épica. Pero así como el dialogismo no se puede reducir a una esencia del lenguaje novelístico, así el monologismo no se puede explicar totalmente como una propiedad de los textos no novelísticos o "poéticos". Tal vez, incluso más explícitamente que para el dialogismo, Bajtín insiste en la contextualidad social, histórica y política del monologismo: "la palabra autoritaria exige nuestro reconocimiento incondicional, y en absoluto un dominio y una asimilación libres [...] Está indisociablemente unida a la autoridad, 'el poder político', una institución, una personalidad y se mantiene o cae junto con ella. Es imposible dividirla, estar de acuerdo con una cosa, aceptar otra, pero no enteramente, y rechazar totalmente una tercera" (DN, p. 156/343). Por poco elaborada que sea esta evocación de la autoridad, sí pone profundamente en duda la noción de Fish de persuasión interminablemente negociada, esté siempre y en cualquier lugar a la orden del día.<sup>18</sup> La obra de Bajtín demuestra una comprensión aguda de qué tan ingenuamente idealista sería suponer que en un diálogo, crítico-literario o de otro tipo, todas las contribuciones tiengan igual peso. Unas voces suenan más alto que otras, aún si aquellas no son las que formulan los argumentos más elegantemente convincentes. Apenas sorprende el que Bajtín estuviera tan consciente de los verdaderos significados posibles de la autoridad discursiva. Escribió "El discurso en la novela" en 1934, el año en que el realismo socialista fue declarado el "método" oficialmente sancionado para la literatura y el arte soviéticos; la comprensión monológica y restrictiva del término como simple sinónimo de "tomar en cuenta al Partido" no se hizo esperar.<sup>19</sup> Esto era sintomático de un proceso más generali-

<sup>18</sup> Sobre la escasez, frecuente en Bajtín, de exámenes detallados de los factores institucionales, y sobre las dificultades que esto puede suscitar, ver Frow, *op cit.* pp. 98-99, y Hirschkop, "Dialogism as a challenge to literary criticism", en Catriona Kelly, Michael Makin y David Shepherd, eds., *Discontinuous Discourses in Modern Russian Literature*, Londres y Nueva York, 1989, pp. 27-35.

<sup>19</sup> La idea simplista, pero muy difundida, de que el realismo socialista fue impuesto desde el principio por la fuerza sobre una comunidad de escritores y artistas casi universalmente hostil a él, ha sido convincentemente impugnada en un importante estudio reciente: la obra refrescante sutil y lúcida de Régine Robin, *Le réalisme socialiste: une esthétique impossible*, París, 1986, ofrece un minucioso análisis de los complejos inicios y el agitado desarrollo del concepto.

zado, por el cual el estado stalinista se otorgaba a sí mismo el derecho de decir la primera y la última palabra en todos los asuntos de importancia. En la esfera cultural esto significaba no sólo una insistencia en el "retrato de la realidad en su desarrollo revolucionario", una meta cuyos puestos de avanzada cambiaban constantemente para acompañar las declaraciones sobre su inmutabilidad. También puso en marcha el proyecto (que continuó mucho después de los años de Stalin) de establecer, a menudo con una autoridad peculiarmente poco sutil, relaciones intertextuales definitivamente monológicas entre los artefactos culturales pasados y presentes, y el contexto a ellos asignado. Así, el realismo socialista adquirió precursores en la literatura de los años veinte y anterior; la literatura soviética en general, se convirtió en continuación orgánica del "legado" literario duradero del siglo XIX, gracias en particular al papel mediador y transicional de escritores claves como Gorki; la cultura soviética, aunque "multinacional" en la medida en que contenía elementos de las culturas de todas las naciones que constituían la Unión soviética, debía ser al mismo tiempo un todo unificado, y la noción de "cultura popular" o "de masas" debía adquirir una resonancia permanentemente negativa. El costo de la imposición de este conjunto rígido de relaciones por un estado, para el cual la política con tanta frecuencia era más que un asunto de simple persuasión fue, como es bien sabido, muy alto en términos de vidas y de oportunidades culturales desaprovechadas. Lo que ocurrió a la cultura en general y a la literatura en particular bajo Stalin y después, es una ilustración sombría y clara de lo que puede significar la autoridad crítica; hay muchos testigos ahora silenciados de las consecuencias de tratar de llevar la voz monológica del estado stalinista a un intercambio dialógico.

Sin duda, muchos argumentarían que esto no es más que una anomalía grotesca, que en comparación al papel de la política y la ideología en los asuntos literarios y culturales en Occidente es en comparación desdeñable; que Stanley Fish de ningún modo se equivoca al asociar la autoridad en la producción de un significado textual estable y determinado con el libre toma y daca de la persuasión recíproca propio de una academia graciosamente pluralista más que con los brutales designios del centralismo estatal. Pero desde luego, la conjunción de una ausencia de política "stalinista" con la ausencia de política en general es, en sí misma, un gesto profundamente

político que no puede ocultar las similitudes discernibles entre, por ejemplo, la noción soviética y la noción occidental de tradición, y de herencia cultural nacional y su importancia para las prácticas de la crítica: además de emplear la coerción, la política stalinista utilizaba las nociones de tradición, "rusidad" y demás, cuyo atractivo era enormemente poderoso y no sólo persuasivo. Las discusiones sobre las políticas de la literatura y de la cultura no son desconocidas en absoluto, incluso en nuestras propias y más acogedoras instituciones. Lo que importa a este respecto, es que cuando se introduce a Bajtín en el área específica de la teoría orientada al lector, esto nos lleva ineluctablemente a reconocer aquellas cuestiones de política e ideología, que teóricos como Iser y Fish ponen entre paréntesis, conscientemente o no. A la noción de actividad lectora en Iser, no se le permite nunca desarrollarse lo suficiente para que se puedan examinar los aspectos políticos que la acompañan. Aunque Fish reconoce el carácter políticamente desinteresado de las actividades de sus comunidades interpretativas, define esa cualidad dentro de límites inaceptablemente estrechos; la autoridad de sus argumentos reside en que se niega por principio a preguntarse cuál puede ser, fuera de los muros de la academia, su base de sustentación.<sup>20</sup>

Acercarnos al lector a través de Bajtín nos lleva ineluctablemente más allá de los confines de un encuentro putativo y autocontenido entre una persona individual y un texto individual -del "microcosmos de la respuesta" al "macrocosmos de la recepción", para tomar prestados los términos del contraste que establece Robert Holub entre los dos decanos de la teoría alemana de la recepción, Iser y Hans Robert Jauss (p. 83). En efecto, desde un punto de vista bajtiniano, el proyecto de Jauss de revitalizar la teoría de la historia literaria, desacreditada en Alemania, para realizar lo que él considera su potencial como "impugnación de la teoría literaria", parece ser la más prometedora de las teorías de la lectura más frecuentemente antologadas en los últimos años. Jauss tomó como punto de partida la idea de que "la literatura y el arte sólo obtienen una historia que

<sup>20</sup> Richard Wortman presenta un análisis devastador de la incapacidad de Fish para escapar de "un mundo literario, separado de la sociedad, que es una invención de la mente literaria" en su intento por explicar los cambios que ha sufrido la lectura aceptada de los Libros XI y XII de *Paradise Lost* (El paraíso perdido): ver Fish, "Transmuting the lump: *Paradise Lost*, 1942-1982", y Worman, "Epilogue: history and literature", en Gary Saul Morson, ed., *Literature and History: Theoretical Problems and Russian Case Studies*, Stanford, 1986, pp. 33-56 y 275-93 (p. 286).

tiene el carácter de un proceso, cuando la sucesión de obras está mediada no sólo a través del sujeto productor, sino también a través del sujeto consumidor: a través de la interacción de público y autor".<sup>21</sup> El medio principal para alcanzar esta integración de la recepción y la historia estética sería su "horizonte de expectativas"; pero así como el lector implícito de Iser resulta abrumadoramente nebuloso, también el concepto clave de Jauss es víctima de una relajada falta de rigor. Robert Holub expresa bien lo difícil que es situarlo: "El problema con el uso que hace Jauss del término 'horizonte' es que está definido de un modo tan vago [...] 'Horizonte de expectativas' parecería referirse a una estructura o un sistema intersubjetivo de expectativas, un 'sistema de referencias' o una organización mental que un individuo hipotético podría llevar a cualquier texto" (9. 59). Holub sugiere aquí que el horizonte de expectativas es una propiedad del lector o los lectores de un texto, de acuerdo con la afirmación de Jauss de que "La coherencia de la literatura como hecho, está primariamente mediada en el horizonte de expectativas de la experiencia literaria de los lectores, críticos y autores contemporáneos y posteriores" (p. 22). Sin embargo, en otros momentos se hace referencia al horizonte de expectativas como una propiedad del texto: "el horizonte de expectativas de una obra permite determinar su carácter artístico por el tipo y grado de influencia que tiene sobre un auditorio presupuesto" (p. 25). Esto coincide con lo que Jauss prometedoramente denomina el "carácter dialógico de la obra literaria" (p. 21), una formulación que enfatiza su aparente similitud con la forma en que Bajtín entiende la recepción y se niega a privilegiar ya sea al texto o al contexto. Esta concepción de doble filo del horizonte de expectativas podría en realidad ser muy productiva, pero su potencial permanece tristemente irrealizado. La orientación de Jauss hacia lo extra-textual tiene una vida breve, ya que al buscar una forma de "objetivar" el horizonte de expectativas para una obra dada, busca pruebas en primer lugar en el texto mismo de cuya recepción pretende dar cuenta. Ésta es una consecuencia inevitable de su estricta jerarquización de los horizontes de expectativas: "el significado de una obra siempre se constituye de nuevo, es el resultado de la coincidencia de dos factores: el horizonte de expectativas (o

<sup>21</sup> Hans Robert Jauss, "Literary History as a challenge to literary theory", en *Toward an Aesthetic of Reception*, trad. Timothy Bahti, Brighton, 1982, p. 15; las referencias de página que se dan en el texto para las subsecuentes citas de Jauss corresponden a este artículo.



*código primario*) implicado por la obra, y el horizonte de experiencia (o *código secundario*) proporcionado por el receptor". Al restituir así una tradicional primacía del texto, Jauss se coloca en una situación en la que no puede llevar hasta el fin las implicaciones plenas de su noción del carácter dialógico de los textos. Su descripción del encuentro entre texto y lector como "un juego de preguntas y respuestas", en el que el texto tiene la mayoría de las preguntas y de las respuestas, sugiere una noción de diálogo carente de la complejidad y la tensión dinámica que hacen al *dialogismo* bajtiniano tan productivo y valioso, un diálogo entre dos entidades preexistentes y estables.<sup>22</sup> Por tanto, aunque dice que "el intérprete debe poner en juego su propia experiencia, ya que el horizonte pasado de viejas y nuevas formas, problemas y soluciones, sólo es reconocible en su posterior mediación, dentro del presente horizonte de la obra recibida" (p. 34), Jauss descalifica efectivamente la "experiencia" del "intérprete" en cuanto la ha reconocido y se refugia en el mismo encierro de la historia puramente literaria que se había propuesto echar abajo. Su caracterización de los textos "literarios" adquiere una resonancia inevitablemente familiar: "Las obras literarias difieren de los documentos puramente históricos, precisamente porque hacen algo más que documentar una época particular, y siguen 'hablando en la medida en que intentan resolver problemas de forma y contenido, y así van más allá de las silenciosas reliquias del pasado'.<sup>23</sup> Jauss no logra llevar a cabo la impugnación, que él mismo proponía, de la noción de la literatura como una entidad autónoma, independiente y trascendente respecto de la historia. Aunque habla mucho de "esa particular función *socialmente formativa* que pertenece a la literatura" (p. 45), pierde de vista demasiado pronto el hecho de que el concepto de literatura también está *socialmente formado*, que su

<sup>22</sup> Jauss, "Esthétique de la réception et communication littéraire", en Zoran Konstantinovic, Manfred Naumann y Hans Robert Jauss, eds., *Literary Communication and Reception (Proceedings of the IXth Congress of the International Comparative Literature Association)*, Innsbruck, 1980, pp. 15 (cursivas mías), 16. A Jauss no le pasó desapercibida la posible importancia del trabajo de Bajtín para una estética de la recepción: ver Andrei Corbea, "L'esthétique de la réception comme théorie du dialogue", *Cahiers roumains d'études littéraires*, 3, 1986, pp. 21-30. El análisis de Corbea sobre la descripción que hace Jauss del placer estético en términos de alteridad y de diálogo yo-Otro (pp. 25-26) sugiere que la concepción no-bajtiniana que tiene Jauss del diálogo puede en parte ser resultado de una incapacidad para distinguir suficientemente entre la posición que toma Bajtín en "Autor y personaje en la actividad estética" y la que toma en "Discurso en la novela". [...]

<sup>23</sup> Jauss, "History of art and pragmatic history", en *Toward an Aesthetic*, op. cit. p. 69.

recepción social e histórica es, como Bajtín señala, uno de sus momentos constitutivos claves.<sup>24</sup>

Así pues, si se le evoca junto a algunas de las más conocidas teorías orientadas al lector, Bajtín exige insistentemente la restauración de una historia a menudo excluida, y centra la atención en "las relaciones entre discurso y poder" que Jane Tompkins, en la conclusión de su examen de la lectura como una actividad históricamente específica, identifica como la ocupación propia de la crítica.<sup>25</sup> La cuestión que queda inmediatamente sin probar es, sin embargo, si hay algo peculiarmente bajtiniano en ese énfasis que puede decirse que subyace a muchos de los más conocidos proyectos críticos "alternativos" de los años recientes. Dentro del campo más reducido de la teoría de la lectura, se ha trabajado mucho sobre los factores "institucionales", entendidos como algo más que los que intervienen en la academia crítico-literaria, factores como los mecanismos y las instituciones de la publicación y la distribución de libros, incluidos los que producen y vigilan la división entre literatura "popular" y "alta", o el potencial del feminismo para transformar las nociones más arraigadas de recepción.<sup>26</sup> Éstos son precisamente el tipo de factores a los que, como hemos visto, Bajtín se refiere casi siempre sólo de pasada, o cuya relevancia para su modelo de discurso deja en buena medida implícita. Sin embargo, esto no disminuye automáticamente la contribución potencial de Bajtín a tales maneras de plantear las

<sup>24</sup> Sobre la incapacidad de Jauss para romper la clausura de la historia literaria, ver también Holub, *op cit.* pp. 53-82; Manon Brunet, "Pour une esthétique de la production de la réception", *Études françaises*, XIX:3, 1983, pp. 65-82; y Rita Schober, "Réception et historicité de la littérature", *Revue des sciences humaines*, LX:189, 1983, pp. 7-20.

<sup>25</sup> Jane P. Tompkins, "The reader in history: the changing shape of literary response", en Tompkins, ed., *Reader-Response Criticism: From Formalism to Post-Structuralism*, Baltimore y Londres, 1980, p. 226.

<sup>26</sup> Para detalles sobre el tipo de enfoque sociológico que propone el estealemán Manfred Naumann (ver sus "Remarques sur la réception littéraire en tant qu'événement historique et social", en Konstantinovic, Naumann y Jauss, eds., *op cit.* pp. 27-33) y que se intentó poner en práctica en la RDA, véase Holub, *op cit.* pp. 128-46. Peter Humm et al., eds., *Popular Fictions: Essays in Literature and History*, Londres y Nueva York, 1986, se ocupa de la división entre "alta" y "popular", y contiene varias contribuciones que se refieren a los factores institucionales que afectan la recepción de los textos: ver especialmente Graham Holderness, "Agincourt 1944: readings in the Shakespeare myth", pp. 173-95, y Paul O'Flinn, "Production and reproduction: the case of *Frankenstein*", pp. 196-221. Finalmente una amplia gama de enfoques diferentes de las cuestiones de la recepción desde el punto de vista del género se encuentra en Elizabeth A. Flynn y Patrocínio P. Schweikart, eds., *Gender and Reading: Essays on Readers, Texts, and Contexts*, Baltimore y Londres, 1986 (la contribución de Schweikart, "Reading ourselves: toward a feminist theory of reading", pp. 31-62, plantea varios temas importantes, incluida la necesidad de superar la tendencia común a sobreprivilegiar ya sea al texto o al contexto a expensas del otro).

cosas, lo cual se confirma si examinamos brevemente el lugar que ocupa Bajtín, ya sea explícita o implícitamente, en el trabajo sobre los problemas de la recepción y la lectura realizado en años recientes por Tony Bennett.

En *Formalism and Marxism* (El formalismo y el marxismo), Bennett se ocupa del tema jaussiano de la historia literaria, y en particular del modelo formalista ruso con el que el teórico alemán está amplia y abiertamente en deuda. Se centra en la crítica que se encuentra en *The Formal Method* (El método formal) de la noción formalista de un sistema literario fundamentalmente cerrado, cuya dinámica es independiente de la historia en sentido amplio; y desarrolla estos aspectos mostrando cómo el libro de Rabelais revela la dependencia de las cualidades "literarias" de un texto respecto de "las diferentes coyunturas políticas e ideológicas en las que entra el texto durante el curso de su existencia histórica".<sup>27</sup> Así llega, a través de Bajtín, precisamente al tipo de formulación del problema a que Jauss se acerca a tanteos, para replegarse después enfurecido ante sus plenas implicaciones. El trabajo subsecuente de Bennett sobre las "formaciones lectoras" representa un intento por examinar más de cerca estas cuestiones de la recepción, por especificar con mayor precisión las condiciones en las cuales los textos entran en tales coyunturas; una formación lectora ("un conjunto de discursos que se intersectan y que activan productivamente un cuerpo dado de textos y las relaciones entre ellos en una forma específica") puede muy bien describirse como una "comunidad interpretativa" entendida en una adecuada relación con factores institucionales y políticos no agotados por los parámetros estrechamente académicos a que Stanley Fish se limita. Es notable el hecho de que, aunque en cierto momento se refiere a *Marxism and the Philosophy of Language* (El marxismo y la

<sup>27</sup> Tony Bennett, *Formalism and Marxism*, Londres y Nueva York, 1979, p. 92. Tal vez vale la pena señalar aquí que las versiones del propio Bajtín sobre la historia literaria son característicamente no uniformes, y enfatizan la inutilidad de cualquier intento por ver la obra de Bajtín en términos de coherencia abarcadora: como ocurre a menudo, para que Bajtín sea útil aquí es necesario enfrentar ciertos aspectos de su pensamiento con otros. Así, como Joan DeJean ha señalado, mientras el libro de Rabelais niega a la historia literaria su tradicional autonomía, el estudio de Dostoievsky parece hacer lo contrario y validar una "historia [más] puramente literaria" ("Bakhtin and/in history", en Benjamin A. Stolz, Lubomir Dolezel e I. R. Titunik, eds., *Language and Literary Theory*, Ann Arbor, 1984, p. 235). Y en otros textos Bajtín habla del "gran tiempo" ("bol'shoe vremya") cualitativamente diferente y trascendente, habitado por productos culturales valiosos, muy notablemente y tal vez muy conmovedoramente, al final del pasaje citado arriba (p. 97) sobre el ilimitado contexto dialógico; ver también su "Response to a question from the *Novy Mir* editorial staff", en *Speech Genres*, pp. 1-7.

filosofía del lenguaje), de Voloshinov, Bennett no hace mención explícita de Bajtín en su tratamiento de la relación entre textos y formaciones lectoras. Si lo hubiera hecho, tal vez habría evitado caer en un nihilismo tipo Fish que lo lleva, al cuestionar muy acertadamente el favorecido estatus de "el texto mismo", a afirmar tajantemente que el texto "no tiene ningún significado que se pueda traducir".<sup>28</sup> Por otra parte, en otros momentos, y siempre sin referirse explícitamente a Bajtín, Bennett define abiertamente la formación lectora en el espíritu de la comprensión dialógica de las relaciones texto-contexto: "El concepto de formación lectora [...] es un intento de pensar el contexto como un conjunto de determinaciones discursivas e intertextuales que operan sobre apoyos materiales e institucionales y que pesan sobre un texto no sólo externamente, desde afuera hacia adentro, sino internamente, dándole forma -en las formas históricamente concretas en que está disponible como texto-para-ser-leído-desde adentro hacia afuera".<sup>29</sup> Bennett en ningún momento subestima la dificultad de mantener este asidero en la relación dialógica de texto y contexto, que Bajtín exige tan insistentemente. De ahí, tal vez, sus morosos intentos por refinar el concepto de formaciones lectoras, y la comprensible escasez de ejemplos para ilustrar cómo pueden ser vistas en operación. De ahí, también, que admita con refrescante franqueza, en un artículo anterior, que realmente no está muy seguro de cuáles podrían ser las consecuencias prácticas de su manera de repensar las relaciones texto-contexto.<sup>30</sup>

Y ciertamente, no es nada fácil saber exactamente dónde o cómo empezar a utilizar una teoría bajtiniana de la lectura. Más precisamente, y para volver al título de este trabajo, tal vez no sea inmediatamente obvio que un teórico tan complejo, contradictorio o simplemente difícil como Bajtín, baste para un "lector", un lector como por ejemplo un estudiante en un curso de "literatura" (o tal vez de "estudios culturales") donde *hay* un texto en la clase, un lector con una noción más o menos vaga de su propia pre-constituidad y probablemente una sensación más fuerte de la realidad de un "texto-a-

<sup>28</sup> Bennett, "Texts, readers, reading formations", *Literature and History*, XI, 1983, pp. 216, 224.

<sup>29</sup> Bennett, "Texts in history: the determinations of readings and their texts", en Derek Attridge, Geoff Bennington y Robert Young, eds., *Post-Structuralism and the Question of History*, Cambridge etcétera., 1987, p. 72. La deuda con Bajtín es más explícita en la elaboración que hace John Frow de una política de la lectura que en más de un sentido se aproxima a la de Bennett: ver el último capítulo de *Marxism and Literary History*, *op cit.*

<sup>30</sup> Ver Bennett, "Texts, readers...", *op cit.* p. 223.

ser-leído" que se resiste tercamente a la interrogación inmediata sobre su estatus ontológico. Mi punto de vista (en gran medida no puesto a prueba, y por tanto tentativo y especulativo) sería que en tal situación, el aspecto más inmediatamente útil de Bajtín es precisamente esa gran atención a los rasgos de los textos que tan a menudo a hecho que se le utilice de una manera marcadamente conservadora. El análisis bajtiniano del texto, si se basa en una comprensión adecuada y profunda del dialogismo y el enunciado, ofrece la posibilidad de trabajar "desde adentro hacia afuera" en tal forma que las dificultades mismas de la "comprensión activa" pueden convertirse en un medio para hacer explícitas las condiciones de posibilidad de esa misma comprensión y de las comprensiones pasadas del texto, es decir, para captar la imposibilidad, celebrada una y otra vez por Bajtín, de sostener una oposición demasiado tajante entre el "interior" y el "exterior", entre "texto" y "contexto", oposición muy impugnada inicialmente, pero en última instancia restablecida por otros teóricos de la lectura.